

4.º domingo ordinario A

*Dichosos los que trabajan por la paz,
porque ellos se llamarán "los hijos y la hijas de Dios".
(Mt 4,19)*



Primera lectura

Sofonías 2,3; 3,12-13

Buscad al Señor los humildes, que cumplís sus mandamientos; buscad la justicia, buscad la moderación, quizá podáis ocultaros el día de la ira del Señor. Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no cometerá maldades, ni dirá mentiras, ni se hallará en su boca una lengua embustera; pastarán y se tenderán sin sobresaltos.

Segunda lectura

1 Corintios 1,26-31

Hermanos y hermanas: Fijaos en vuestra asamblea, no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por él, vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención. Y así – como dice la Escritura – el que se gloríe, que se gloríe en el Señor.

Evangelio

Mateo 5,1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús al gentío subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos, y él se puso a hablar enseñándoles:
Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.
Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.
Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.
Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.
Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán "los hijos de Dios".
Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.
Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Meditación

El sermón del monte se abre con las bienaventuranzas.

– *Los pobres de espíritu. La mentalidad moderna, lo mismo que la antigua, proclama la bienaventuranza de la riqueza. Para entender la bienaventuranza de la pobreza es necesario arrancar del Antiguo Testamento, donde la palabra "pobre", junto a su dimensión sociológica, tiene otra religioso-teológica. El pobre es el hombre honrado, piadoso y practicante de la justicia, que vive bajo el yugo del rico, el influyente, el opresor. Quien vive honradamente, practicando la justicia y abierto a Dios, será retribuido por él. La injusticia y el compromiso con todas las caras es incompatible con la integridad exigida por Dios. De ahí que se hable del espíritu de pobreza o de los pobres de espíritu. La pobreza beatificada debe estar acompañada y determinada por la sencillez de corazón, por la convicción profunda de la necesidad que el hombre tiene de Dios, por la integridad de vida, por la apertura a los demás.*

– *Los mansos. No es fácil encontrar un adjetivo que califique debidamente a los beatificados en esta bienaventuranza. Lo único que podemos decir es que se trata de una actitud muy próxima a la beatificada en la primera. Si respetamos la palabra "mansos" lo hacemos dándole el sentido de humildes, pobres, necesitados, pequeños, los que aceptan su situación humilde sin amarguras. Con la esperanza, eso sí, de la retribución. La "herencia de la tierra" es expresión sinónima a recibir el reino de los cielos. Pero el premio no es pensado sólo para el más allá. Se cuenta con el mundo mejor que puede ser hecho por el esfuerzo del hombre.*

– *Los afligidos. La bienaventuranza debe ser entendida desde el premio que la justifica: el consuelo. El consuelo es una realidad mesiánica y comprende todo el dolor de que el hombre necesita ser consolado. La bienaventuranza se esclarece en la victoria de Jesús sobre el pecado, el dolor, la muerte, particularmente en el momento de la resurrección. El Dios de la Biblia es el Dios del consuelo.*

– *Los que tienen hambre y sed de justicia. Aquí se beatifica más que una actitud una tendencia, un deseo de recibir algo. El hambre y la sed significan en la Biblia la tendencia y añoranza hacia Dios. Hombres que tienden hacia una justicia que Dios regalará a los que ahora se ven oprimidos por la injusticia. Pero la recompensa no se espera sólo en el momento del juicio final. El hambre y la sed de justicia claman para que cese la actual injusticia. La esperanza se ve cumplida únicamente en la aparición del Mesías, que es llamado "Yahveh es nuestra justicia".*

– *Los misericordiosos. La formulación farisaica de esta bienaventuranza sonaría, más o menos, así: bienaventurados los justos porque Dios tendrá misericordia de ellos. La Biblia, tanto el Antiguo como, sobre todo, el Nuevo Testamento, piensa de manera bien distinta. Ante Dios nadie tiene consistencia por sí mismo. Lo sabían también los contemporáneos de Jesús que lo habían formulado así: quien no practica la misericordia, tampoco Dios la tendría con él.*

– *Los limpios de corazón. El acceso al templo, el acceso a Dios está abierto al de manos limpias y corazón puro, al que actúa no sólo con caridad sino con claridad, sin torcidas e inconfesables intenciones.*

– *Los que trabajan por la paz. Quien trabaja por lograr la paz entre los hombres actúa como Dios mismo, porque Dios es el Dios de la paz, el que ha creado la paz entre él y los hombres. Se abarca aquí todo lo que el Nuevo Testamento comprende con el nombre de "reconciliación".*

– *Los perseguidos por la justicia. Tenemos aquí el eco de la primera bienaventuranza y la convicción generalizada de que el justo debe sufrir a causa de la injusticia. La suerte que corrió el Maestro alcanza también a los discípulos.*

La carta magna del reino de Dios, como han sido llamadas las bienaventuranzas, termina con un tono más concreto y personal. Era la experiencia intensamente vivida por los discípulos de Jesús que, inmediatamente después de la muerte del Maestro, sufrieron calumnias, insultos y persecución por causa de Cristo. Eran las bienaventuranzas ya en acción, como seguirían y seguirán a lo largo de la vida de la Iglesia.